

El Dr. don Enrique Luque Ruiz

Por Angel FERNANDEZ DUEÑAS

Cuando, hace ya un año, tras el fallecimiento de don Enrique, escribí en su homenaje un artículo, publicado en el *Boletín* de nuestro Colegio de Médicos, sólo se me ocurrió un título: «Dr. don Enrique Luque Ruiz: una biografía inacabada». Me lamentaba entonces, y sigo lamentándome, de no haber podido conseguir un acabado estudio biográfico de su persona, sino sólo una ligera aproximación, redactada casi «in extremis», simplemente porque él nunca estuvo de acuerdo conmigo, cuando le aseguraba que su figura señera y señora —no es ésta la primera vez que utilizo estos adjetivos en su honor— era y es trascendental en la más próxima historia de la medicina cordobesa. Me temo pues, que, efectivamente, su biografía escrita será, ya por siempre, inacabada, aunque según finalizaba el citado artículo «...de todas formas, existe y existirá, repartida, entre todos aquellos que entregaron y salvaron la vida en sus manos».

Hoy, en esta sesión necrológica, que en su honor celebra la Real Academia de Córdoba, adelantada siempre en honrar y conmemorar todo lo que, relacionado con nuestra ciudad, es de justicia —cuestión obvia y, sin embargo, en muchos casos, como el presente, olvidada por otros estamentos, quizá más obligados, de la... «Córdoba oficial»...—; ahora, en definitiva, cuando me corresponde trazar el perfil profesional del doctor Luque Ruiz, no voy a intentar —sería ilusorio— compendiar en mis cortas y pobres palabras todo lo que cabe en una dilatada y fecunda vida dedicada al enfermo.

Por todo ello, no va a ser éste un breve apunte biográfico-médico metodológicamente puro, puntualmente cronológico, artísticamente realista, sino que tan sólo pergeñaré una especie de «biografía impresionista» en la que, unas veces, emplearé pequeñas pinceladas yuxtapuestas de tonos puros, como prístinamente ensayaron Monet y Renoir y otras, grandes manchas elásticas y sinuosas, al estilo de Berthe Morisot... Dibujaré sólo unos trazos de su periplo profesional...; difuminaré retazos de su pensamiento...; contrastaré tímidos esbozos de su carácter y por contento me daré si, aunque torpemente, doy a luz el cuadro proyectado, inacabado sí, pero rutilante en su intención y en su mensaje...

La primera pincelada, rotunda, definitiva, ha de representar al Hospital de Agudos, antañón y cargado de rancias glorias universitarias, al que acude don Enrique, todavía estudiante de bachillerato, para comenzar su formación al lado de su tío don Emilio, de don Eduardo Altolaquirre, de don Manuel Villegas.

Cabe ahora dibujar una matización suave, una luminosidad espontánea, una decidida eliminación de las formas, para lograr la animación momentánea

nea y efímera de las escenas de su licenciatura, a caballo entre Cádiz y Madrid...; para plasmar su trabajo incesante dentro de los muros de San Carlos, de la mano de don Ramón Jiménez, catedrático de Anatomía Topográfica y Operaciones y de don Laureano Olivares, su maestro en Patología Quirúrgica...; trabajo combinado con una vida alegre y algo bohemia, que el mismo don Enrique rememora en las escasas líneas autobiográficas que conocemos, con una frase de recreada nostalgia: «...Dichosa edad, llena de bellos recuerdos...».

Bellos recuerdos que se truncarán súbitamente el mismo año de su graduación, 1921, cuando ha de incorporarse al Regimiento de Infantería de la Reina n.º 2, para marchar a Marruecos tras el desastre de Annual... Allí comienza, en realidad, su vida médica, al lado de don Fidel Pagés, jefe del equipo quirúrgico al que sería destinado... Las heridas de guerra —de vientre, de tórax y de cráneo—, yunque donde siempre se ha templado el progreso de la cirugía, como el mismo Hipócrates asegurara, son su quehacer cotidiano y el motivo, a la vez, de sus primeras publicaciones: *Heridas abdominales de fuego*, *Neumotórax hipertensivo*, *Tratamiento de las heridas bipolares del cerebro*, alguna de ellas co-firmada con su maestro Pagés.

Y tras esta negra pincelada de la guerra, la cálida y lúcida reverberación de su reencuentro con su Hospital de Agudos, cuando en 1923 gana, por oposición, la primera plaza de cirujano jefe de la Beneficencia Provincial.

Ya está el cuadro esbozado; mas ¿cómo rellenar el espacio que representan 46 años de ininterrumpida labor, presidida por la eficacia, la abnegación y la entrega?, ¿cómo reflejar en el imaginario lienzo de su vida, las más de 40.000 intervenciones quirúrgicas realizadas?, ¿cómo conseguir la necesaria policromía que haga resaltar todas y cada una de sus buenas acciones, nimbadadas siempre por su ocupación y preocupación por el hombre enfermo?, ¿cómo plasmar las múltiples facetas de una personalidad humanística, vocada, además de a la medicina, a la pintura, a la historia y a la arqueología?... La trayectoria fecunda de esos 46 años ha de ser más entrevista que contada; ha de ofrecerse en mi impresionista retrato, como una nebulosa refulgente, cuasi-etérea, sin límites ni formas.

Sin embargo, perpetrando en los secretos de la luz, intentaré fijar para siempre el instante fugaz.

El instante fugaz de su doctorado en Madrid, en 1927, con la presentación de su Memoria «Quimismo gástrico fraccionado», que le valdría la calificación de sobresaliente.

El instante fugaz, pero eterno, de su recepción como numerario, en 1934, en la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba; su discurso de ingreso, titulado «Abscesos subfrénicos» significaría una importante puesta al día sobre el tema, recopilando, sistematizando y ampliando las aportaciones de Von Leyden (1782), Barlow (1845), Perutz (1894), Carnot (1915) y Nather (1925), siendo merecedor por ello de la gran difusión alcanzada en la literatura médica nacional y extranjera.

El instante fugaz de su nombramiento como Correspondiente de la Real Academia de Medicina de Sevilla, en 1935.

Y ese mismo año –nuevas pinceladas de luz– su viaje a Alemania, buscando los principales centros quirúrgicos de la vieja Europa. El mismo nos relata sus experiencias en Heidelberg, al lado del profesor Kirschner, uno de los pioneros de la cirugía vascular, en cuyo servicio intimaría con el, luego, catedrático de Hamburgo, profesor Zuckshwertz; su aprendizaje con el profesor Emil Heyman, neurocirujano del Augusta Viktoria Hospital de Berlín; su provechosa estancia junto al profesor Ernst Ferdinand Sauerbruck, aventajado alumno de Langerhans y Mickulicz, catedrático en el Hospital de la Charité de la capital germana y uno de los adelantados de la actual cirugía torácica, quien, en su despedida, le regalaría, como recuerdo, una tijera utilizada en la última intervención que realizaron juntos.

De nuevo vuelve al cuadro el color negro, para representar, otra vez, al don Enrique cirujano de guerra, cuando en nuestra contienda civil es movilizadado y puesto al frente de un equipo quirúrgico que actúa en el Hospital Provincial y, posteriormente, en el mismo frente, compartiendo allí miserias y éxitos con los también cordobeses, doctores García-Pantaleón y Bergillos.

Después, su definitiva vuelta a sus salas de San Bartolomé y San Miguel del querido y viejo hospital, dedicación compartida con su diario quehacer en el sanatorio de la Purísima.

Sigue, sin embargo, profundizando y ampliando su formación quirúrgica, unas veces asistiendo a cursos programados –Boston, Nueva York– y otras con su presencia en todos los congresos que celebra la Sociedad Internacional de Cirugía de la que fue numerario: París, Copenhague, Dublín, Roma, Nueva Orleans, Estocolmo, Londres, Munich, fueron otros tantos puntos de encuentro con lo más granado de la cirugía mundial.

Cita don Enrique en sus notas autobiográficas a las figuras médicas que más le impresionaron en estas reuniones de máxima altura científica y, es curioso, siempre se refiere a hombres importantes, pioneros todos, de la actual cirugía cardiovascular. Nombra encomiásticamente al profesor Rudolph Matas, español nacionalizado americano, profesor de la Tulane University de Nueva Orleans, creador de la técnica de la endoaneurismorrafia para el tratamiento de los aneurismas traumáticos periféricos y también co-inventor de la anestesia endoneural. Destaca también a Blalock, especializado en la corrección quirúrgica de las cardiopatías congénitas e introductor de algunas técnicas personales, como la utilizada para el tratamiento de los «niños azules». Celebra haber conocido a Beck, pionero en la cirugía de las valvulopatías mitrales y a Demijov, verdadero iniciador del método del trasplante cardíaco, ya en 1942, y convencido, ¡hace 46 años!, de la posibilidad de realizar trasplantes homólogos de corazón en el hombre.

¿Tal vez latía en don Enrique una íntima y escondida vocación dirigida a la cirugía cardiovascular? En otra época y en otras circunstancias, ¿se habría decantado por esta especialización, que ya se iniciaba en los comienzos del segundo tercio de este siglo? Ello es posible si nos atenemos a estos recuerdos, especialmente subrayados en su apunte autobiográfico y si caemos en la cuenta de que en su limitada producción literaria histórico-médica,

destaca, entre otras aportaciones, el trabajo titulado *Figuras históricas de la cirugía torácica*, publicado ya al final de su vida profesional activa.

Este otro aspecto, el de escritor, también ha de ser representado en este cuadro que, poco a poco, va configurándose. Y he de intentar un sutil juego cromático que contraste su producción médica estricta con la otra, que brota de su personalidad ampliamente humanística. Abordar en profundidad una y otra, no es coas que se pueda compendiar en estas apresuradas líneas. Limitándome a sus escritos médico-quirúrgicos —los otros serán expuestos esta noche por otros compañeros— no pretendo hacer una relación exhaustiva, sino sólo entresacar los que, a mi modesto juicio, pueden ser más representativos.

Y dentro de éstos, además de los ya citados anteriormente, cabría reseñar los titulados «Abscesos pélvicos», «Apendicitis fibroplásticas», «Supuraciones pulmonares», «Oclusión intestinal como primer síntoma de una tuberculosis miliar difusa entero-peritoneal», «Drenaje transcerebral», «Hernia lumbar», «Comentario a nuestra estadística de hidatidosis», «Diafragmatis adhesivas», «Mal perforante plantar», y muchas más que serían publicadas en prestigiosas revistas profesionales, como *Revista Clínica Española*, *Revista Española de Cirugía*, *Ideal Médico*, *Hispalis Médica*, etc.

Toda su densa actividad profesional y humanística no es obstáculo para otras apasionantes dedicaciones. ¿Cuántos años estuvo al frente del Cuadro médico de la Asociación de la Prensa? ¿cuánto tiempo y dedicación tuvo para el decanato de la Beneficencia Provincial, que personificaría hasta el mismo instante de su jubilación?, ¿cuánta ilusión y desvelo puso en esos últimos años de su vida profesional, cuando el deseado Hospital General era sólo un proyecto, el sueño de unos pocos, para mejorar y dignificar la medicina cordobesa?

Córdoba y la Medicina han sido, precisamente, las coordenadas que enmarcaron la curva de la existencia de don Enrique, curva que he intentado representar con una serie de instantes fugaces, simulando el lenguaje pictórico de Monet en su serie sobre la catedral de Rouen, para dar idea de una realidad cambiante, su vida, que aunque representada con dinámica fugacidad, signifique, al menos, una aproximación a su admirada figura.

Admiración y, al par, justo reconocimiento de su obra, fue lo que inspiró la concesión de la Encomienda con placa, primero y luego la Gran Cruz de la Orden de Sanidad y, a nivel local, múltiples distinciones, entre las que habría que destacar el Zahira de Oro, la Medalla de Plata de la Ciudad de Córdoba y la de Oro en la Excma. Diputación Provincial.

Esta noche la Real Academia de Córdoba, que en 1972 le recibió como numerario, le ofrece su homenaje y su recuerdo; de esta forma todos sus componentes podemos ratificar sus propias palabras, cuando refiriéndose a nuestra institución decía: «...Así ha sido siempre la Academia: ordenación, armonía inquebrantable, plenitud de trabajo, afecto íntimo que todos hemos sentido profundamente...».

Don Enrique, tanto desde su perspectiva de médico como de académico y humanista, hizo suya esta frase de su admirado Sauerbruck: «Debemos

aprender de nuevo que todos somos hombres», talante que, en definitiva, ha de quedar representado en mi balbuceante esbozo pictórico-literario, con un foco de luz interior, que pone de manifiesto la intención última del cuadro: don Enrique el médico, el hombre...

